KOLOR HISTORIETAS



COLOR PARA NIÑOS

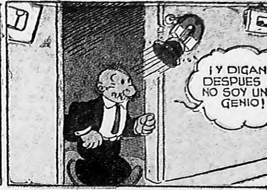
Página 1 Magazine Cómico de JORNADA en Multicolor No. 16 Noviembre 14 de 1931



















LOS LIOS DE DEDALITO Y ESPAGUETI *por* SEGAR































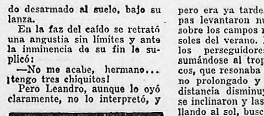








EL VENGADOR





ERA la guerra civil. Enarbolábanse las tradicionales divisis partidarias, y la sangre de los hermanos derramada en luchas fraticidas, ensangrentaba sin gloria los campos de la patria.

En una escaramuza, Juan Angel Alvarez, que marchaba a la cabeza de un grupo de milicias, atrajo hacia él, como jefe, el fuego de una docena de carabinas que acechaban su paso, a la vera de un monte. Cayó herido y también su caballo, que ahora, cerca de él, probaba, inútil y dolorosamente a levantarse. Otro de sus compañeros yacía cerca de él con las manos en el vientre y el rostro muy pálido.

Juan Angel manteníase inmóvil, de cara al cielo, que lucía un azul espléndido y profundo. Cada movimiento le causaba atroces dolores; por eso, rígido, sin moverse, contenía hasta la respiración. Había quedado solo porque sus compañeros, tras la sorpresa, atropellaron a los emboscados que huían ante ellos.

Entonces apareció en la costa del monte un sargento enemigo, montado en un magnífico caballo colorado sangre de toro.

Reconoció a Juan Angel. Eran del mismo pago y sus diferencias políticas se habían transformado en odio personal. Como también se trocaban los intereses opuestos y rencores personales en odios partidarios. Su boca se dilató en una áspera mueca de satisfacción.

—¡Ajá! ¡Así te quería ver alguna vez!

El caído lo miró sin contestarle, despreciándole.

El sargento le apoyó en el pecho el hierro de la lanza.



—¡Te voy a "despenar"! De ustedes es siempre bueno que queden pocos!

Y gozó con delectación salvaje el momento de su venganza.

El otro herido, que no había llamado la atención del sargento, cerró los ojos fingiéndose muerto, temeroso de que una vez acabara con Alvarez, lo ultimara también a él. Pero el sargento Pereda, que así se llamaba, no veía más que el objeto de su venganza, que cumplió, bárbaro e implacable.

Cuando el último reflejo de vida se apagó en el rostro de Alvarez, se inclinó sobre su caballo y huyó a media rienda.

LOS ALVAREZ

Los Alvarez pertenecían a su partido por tradición. Estancieros acaudalados, propietarios de campos extensos, sus ganados se contaban por millares de cabezas. Se jugaban su vida y su fortuna apoyando la causa que seguían. Cuatro hermanos varones llevaban con arrogancia la misma divisa. Pero uno de ellos, el segundo, abogado residente en la capital, ocupaba una descollante situación política en el partido contrario.

El padre de los Alvarez, patriarca de robusta vejez, elástico y fuerte aún como una buena lanza, había desterrado definitivamente el nombre del descastado de las conversaciones familiares.

Un día un forastero, no sabiendo la vieja herida que enconaba, se refirió elogiosamente a él.

El viejo, que hasta en ese momento hablaba calmosamente, se irguió iracundo, y señalando a la anciana compañera que inclinaba el rostro bajo las palabras silbantes, dijo:

—¡Vea, ni me lo nombre! ¡Que si no fuera por dudar de la honra de esa santa mujer, diría que ése no es hijo mío!



Sobre la faz pálida del viejo, una racha de viento, despeinó los ya blancos y escasos cabellos.

BUSCA EL RASTRO

Leandro Alvarez supo por el otro herido el fin de su hermano y se echó sobre el rastro del asesino.

* * *

Noche. En los fogones tapados con ceniza, agonizaban las brasas. Un viejo, soldado veterano de otras revoluciones, charlaba despaciosamente, mientras tomaba mate. El viejo Ríos siempre tenía algo interesante para contar frente al fuego, y era escuchado con atención. ¡Había vivido tanto! Leandro, sin embargo, esa noche, con el ceño plegado y la vista clavada en el suelo, no lo escuchaba. Su preocupación era tan evidente que todos la apercibieron. Al rato se alejó.

—Está pensando en Juan Angel — dijo el viejo —. ¡No le arriendo la ganancia a Pereda si éste lo agarra... A ése no lo degüella... lo retoba vivo en un cuero de vaca o le saca una lonja para hacerse un maniador!...

Sin embargo, era otro el motivo de preocupación de Leandro. Esa tarde, al final de un entrevero, un hombre había caído desarmado al suelo, bajo su lanza.

En la faz del caído se retrató una angustia sin límites y ante la inminencia de su fin le suplicó:

—No me acabe, hermano... ¡tengo tres chiquitos!

Pero Leandro, aunque lo oyó claramente, no lo interpretó, y



como si el deseo de su venganza sobre otro le empujara fatalmente el brazo, lo inmoló.

Ahora lo veía mentalmente. Era un paisano de rostro pálido y dulce. La súplica conmovedora volvíale a sonar en los oídos. No lo podía evitar. Era una obsesión constante. Veía tres niños, débiles como pichones, en el patio de un rancho pobre, en la espera del padre que ya nunca volvería... lo mismo que los hijos de Juan Angel.

El remordimiento, lote de las almas ingénitamente generosas, mordíale el corazón.

—¡Ah, si me hubiera contenido!

Y ahogado por la pena el hombre aquel, endurecido en la lucha diaria con hombres rudos y ganados bravíos, se acercó a su caballo y pasándole cariñosamente la mano por las crines, como si quisiera hacerlo confidente de su pena, lo nombró:

—¡Sereno!

Leandro, por un vago e indefinible sentimiento místico de justicia, amaba a los humildes y se compadecía de sus desgracias. Por eso dolíale, haciéndole sufrir como nunca había sufrido hasta ahora, su acción impulsiva, que hubiera querido deshácer aún al precio de su sangre.

TEMERARIO

La suerte de las armas parecía inclinarse hacia los de su divisa, pero ni aun esto le alegraba, y más decidido y temerario que nunca parecía buscar cuanta ocasión de peligro se pudiera presentar.

Una tarde, mientras marchaba a incorporarse con sus milicias al grueso de las tropas revolucionarias en previsión de una acción final, halló en su camino a un contingente rival.

Lanzados al ataque, Leandro hundió hasta el pigüel sus espuelas en el vientre de su caballo. El noble oscuro se tendió en la carrera. Las crines al viento. Detrás de él se precipitaron los suyos. Los contrarios, inferiores en número, volvieron grupas, pero era ya tarde. Las dos tropas levantaron nubes de polvo sobre los campos resecos por los soles del verano. La gritería de los perseguidores ensordecía, sumándose al tropel de los cascos, que resonaba como un trueno prolongado y profundo. La distancia disminuyó, las lanzas se inclinaron y las cuchillas, brillando al sol, buscaron su presa.

En un momento deshicieron a los fugitivos, algunos de los cuales quedaron en el campo, otros mejor montados huían en grupitos aislados, mientras los que habían quedado en pie eran hechos prisioneros.

Los que volvían de perseguir fueron formando un círculo alrededor de aquéllos. Traían los caballos cubiertos de tierra y sudor desde la cabeza a las patas, los flancos sumidos y palpitantes. Algunos destilaban gruesas gotas de sangre de sus vientres rasgados por las desesperadas llamadas de las espuelas. Y los jinetes, también cubiertos de tierra y sudor, hablaban a gritos ensordecedores, festejando con chistes crueles, a expensas de los fugitivos, su fácil triunfo. Los prisioneros tenían el aire empacado y mohino de las fieras enjauladas.

Leandro volvía con el último grupo. Su ceño se había desplegado y aspiraba con fruición la brisa que soplaba de cara. Una sonrisa, sarcástica, dilató su boca cuando entre los prisioneros le señalaron al sargento Pereda.

—¡Ah, guacho, ahora sos mío!

Y ya, inconscientemente, lo atropellaba, cuando como bajo una súbita inspiración contuvo al oscuro, que oprimido violentamente por el freno se alzó de manos.

Rápidamente los prisioneros desarmados, con los brazos atados asegurados a su montura, formaron una pequeña tropa. Los caballos fueron acollarados de a dos y unidos por fuertes sogas los de atrás a los de adelante.

Un sargento revolucionario recibió esta orden:

—Saavedra, éstos los lleva al Tala Chico y se los entrega al coronel Medina. ¡Al que intente huír, déjelo seco... como para que no lleve el parte!

El único que no marchaba en la tropa era el sargento Pereda, que había sido amarrado a un árbol con fuertes correones.

—La vida de este hombre me pertenece — dijo a modo de una explicación que nadie se hubiera atrevido a pedirle.

—¡Ahí te vas a secar, hasta que los caranchos engorden con tu osamenta! ¡Este es el momento en que vas a pagar tu cuenta! ¡Cobarde!

La cólera desbordaba en él. Una nube de sangre por momentos le oscurecía la vista y su brazo requería convulsivamente el arma. Pero al fin logró contenerse. Entretanto Pereda callaba. Su sangre india le acorazaba de indiferencia. Su naturaleza primitiva no conocía el dolor ni el placer más que en forma instintiva, y esta insensibilidad le



permitía conservar su rostro inexpresivo, para que sus enemigos no se gozaran en su desgracia.

—¡De no haber rodado, no eran ustedes los que me iban a agarrar vivo! — dijo por todo comentario a los que lo habían hecho prisionero.

FOGONES CORDIALES

La tarde declinaba y el sol se escondía tras un cielo de un rojo sangriento como una bandera bárbara.

Cayó la noche y los fogones



acogieron, con su amparo cordial, a los milicianos, que hacían conjeturas sobre el fin de Pereda.

Leandro, alejado de ellos, libraba un extraño combate con su conciencia. Salió de su abstracción cuando el viejo Ríos se aproximó a él, con un mate en la mano.

—¡Mate... y que Dios perdone! — díjole con intención.

—No sé, viejo... estoy pensando...

—¡Bah!... hace veinte años, cuando peleábamos a diario, nada se andaba en chicas. Cuando el general Pérez bandió el río, en una ocasión, se lanció trescientos juntos... y después fué hasta gobierno. ¡No tendremos otro general más gaucho que él!

—Está bien, Ríos, pero yo debo una vida. Es una cosa que no puedo explicar, ni Vd. va a entender. Debo una vida y he hecho un juramento: dar otra vida por ésa. Y ofrecía la mía, si no podía dar la de mi peor enemigo, y qué peor enemigo que ése.

Hablaban en voz baja, apartados del fogón.

El viejo hizo un gesto vago de asentimiento. El no entendía nada de eso. Pero quería a los Alvarez, especialmente a Leandro, que era valiente como las armas, según su expresión y porque hacía diez años que estaba "agregado" en su estancia, como hombre de confianza. También había querido mucho a Juan Angel y en su angosta frente de indígena no cabía ninguna explicación por los escrúpulos de Leandro.

—Y tan bueno que era el finao — se dijo. — Había de ser yo Leandro y ese iba a amanecer retobado en un cuero fresco con la cabeza afuera, para que supiera respetar a los valientes.

Y hablando entre dientes, se volvió disgustado para el fogón.

Cuando volvió, Leandro le ordenó:

—Vaya, véalo a Pereda, y con maña, como cosa suya, averígüele si tiene hijos.

—¿Pa qué? — rezongó malhumorado.

—¡Vaya y pregúntele, he dicho!

—¡Qué barbaridá, tantas averiguaciones había de haberle hecho esto a Pérez y ya estaría contándole el cuento al diablo!

Al rato volvió.

—Tiene dos — dijo, evidenciando en el tono que había cumplido con toda mala voluntad.

—Está bien. Déjeme no más, viejo. Ah, me olvidaba. Vd. me va a custodiar a este hombre por esta noche.

Ríos llegó al fogón, donde lo esperaba la curiosidad de los demás.

—¿Qué fué a decirle al prisionero?

—¿Qué van a hacer con Pereda, Ríos?

—Psch, yo fuí a ver si estaba bien asegurado, por las dudas. El diablo nunca duerme. Psch, pa pior me toca hacerle la guardia a mí.

Y el viejo se quedó silencioso. El asado estaba a punto, y cortó un trozo de carne jugosa. Su silencio se prolongó hasta el fin de la comida. Se limpió los dedos grasientos en las botas. Y con la punta del cuchillo se sacó los pedacitos de carne que le habían quedado entre los dientes, y se alejó.

—¿Por qué estaba retobao el viejo? — se preguntaron los demás, sin hallar una explicación satisfactoria.

COSA DE SUEÑO

Leandro hablaba:

—Ríos, escuche bien lo que le digo. Tiene que hacerme un favor. Cuando entre la luna, soltará a Pereda, y sin decirle una palabra, lo acompañará hasta la línea de centinelas. Tenga cuidado, porque si lo sienten, los van a balear. Y ahora le pido otro favor, que nadie sepa nunca una palabra de esto, ni mi padre, ni mis hermanos, ni mis amigos, ¿entiende?

Asintió con un gesto Ríos. En realidad no entendía nada. Todo le parecía cosa de un sueño. ¡Soltar a Pereda! ¡Qué disparate!

—Está bien.

—Gracias.

—¡Hum! — decía Ríos, carabina al brazo. — Este asunto no me gusta ni un chiquito. ¿Pa qué diablos quiere perdonar a este trompeta? Debe una vida. Si el diablo se sale a cobrar por acá, no va a acabar nunca. Y después, qué se va a decir de mí; que me robaron al hombre, que me dormí, qué sé yo... ¡Yo que he sido soldao de Pérez! Y tan bien que yo lo quería a Juan Angel y los quiero a todos ellos. Si el viejo ha sido más que un padre para mí.

—Ché, indio, ¿qué tal lo estás pasando? — le dijo al prisionero.

—Y... regular no más.

—Ya lo vas a pasar mejor, y como sos guapo, ni te vas a poner pálido.

Pereda se rió.

—¡Jugale a risa!

Y se puso a cinchar con cuidado su caballo.

MAL MOMENTO

En la mañana siguiente encontraron al prisionero degollado. La cabeza le pendía contra el pecho, como pesada mazorca, contra la planta seca. Y las moscas zumbaban alrededor del cadáver.

Ríos había desaparecido y ya no se tenían noticias de él en "patriada".

Cuando ya hacía meses que había terminado aquélla, un día cayó a la estancia de Leandro,



el viejo Ríos... Venía más viejo, más raído y mal montado.

Se miraron con Leandro en los ojos.

—Y... — dijo el viejo. — El maula se puso a charlar, me hizo perder la paciencia y se me fué la mano...

—¿Como en los tiempos de Pérez?

—Mesmo.

Leandro sonrió; sus escrúpulos se habían disipado en el tiempo.

—Bueno, viejo. Este asunto concluyó. Echémosle tierra y no lo recordemos más.



ROBERTO J. BIASOTTI

PUZZLE PARA NIÑOS



SIETE SON LOS ERRORES

El grabado representa a un hombre a quien la crisis obliga a meditar profundamente y nuestro dibujante contagiado de tanta preocupación ha incurrido en errores involuntarios, que revisados cuidadosamente llegan a siete. Tú, lector, a quien la crisis no aflige, ¿puedes marcar esos errores?

LINDA PAREJA DE GANSOS

Una linda pareja de gansos que están a la espera de algo. Si miran cuidadosamente el grabado podrán ver a la espera de lo qué están. Son las cabezas de un hombre y de dos gansos. ¿Dónde están?

☆ ★ ☆

EL POMAR DE RUBEZAHL

Entre los montañeses de las Montañas de Gigantes existe una tradición acerca del pomar de Rübezahl, que tiene poderes mágicos.

Muchos se han aventurado en las montañas para buscarlo, sin poder lograr su propósito.

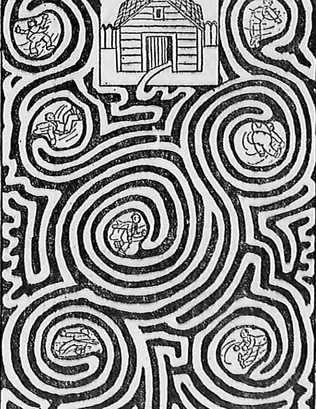
Según el dicho, Rübezahl, a veces, regala sus manzanas encantadas, pero no admite a ningún ser humano cerca de los manzanos.

Las frutas de aquellos árboles hechizados tienen poder curativo, a pesar de ser muy pequeñas, de tamaño de cerezas. Los que logran conseguirlas para las fiestas de Navidad, las regalan a los niños pobres.

A los que se atreven a acercarse a su jardín, el genio de las montañas los castiga, enviando tormentas y lluvias torrenciales que los obligan a guarecerse en cualquier grieta de las rocas.

¿POR DONDE ES EL CAMINO MAS CORTO?

Imagínense lejos de vuestra casita, la que está en la parte superior de este puzzle, cuando un fuerte ciclón se desencadena. En loca carrera inician la vuelta, en donde está la flecha, pero la fuerza del viento los llevará de un lado a otro. ¿Cuál será el camino que más pronto los deje a salvo? La línea blanca es el camino que es necesario hacer para llegar a tiempo a la casita. — Donde esta la flecha es el principio de este ameno puzzle



PUZZLE PARA NIÑOS

¿PUEDEN SALVAR A LA MUCHACHA?

Los secuaces de Al Capone han secuestrado a una joven para obtener rescate por ella. Han dejado a la joven completamente sola porque están seguros de que nadie encontrará el camino para llegar hasta el sitio donde está la prisionera, porque de hacerlo algún joven aventurero, correrá siempre el riesgo de perderse en el laberinto y caer en el lago donde está un hipopótamo hambriento. Sin embargo, los bandidos van y vienen hasta la prisión, luego algún camino seguro existe. Hay que buscarlo partiendo desde el punto donde está la flecha. ¡Y ahora a buscarlo!

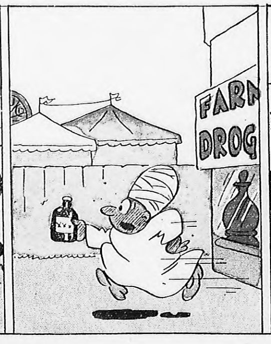
LA VERDADERA SOLUCION

El orden de la historieta en 6 cuadros aparecida en el número del 31 de octubre, es el siguiente: 2, 6, 1, 5, 3, y 4











LOS CEBOLLITAS Y EL CAPITAN

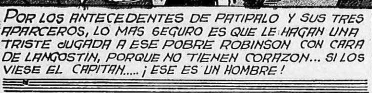
por Dirks



























EL CASTIGO M

LEYENDA JAP

Se enfermó la joven reina y el Dragón en el colmo de la desesperación llamó al pulpo, que es el médico más famoso del fondo del mar. Con voz tonante el rey del océano le ordenó curar en seguida a la hermosa soberana

EN los tiempos remotos vivía en el fondo del mar un dragón que gobernaba a todos los peces del mundo. Estos lo veneraban como a un dios, pues no había en el océano otro ser más poderoso que él.

El dragón vivía solo en su espléndido palacio. Sin embargo, se daba cuenta de que a una persona de su rango le convenía más tener una esposa: un casado suele infundir más respeto que un soltero, por ser merecedor de mayor estima.

Tomando en cuenta todo eso, el dragón tomó la decisión de casarse. Encontró una novia digna de él y dió la orden de celebrar las bodas.

Claro está que, tratándose del enlace de un rey, debía efectuarse una fiesta regia y los cortesanos del dragón se desvivían para hacerla lo más lucida posible.

La noticia se propagó por todos los ámbitos del océano, ocasionando un gran alboroto entre sus habitantes. Todos, empezando por la enorme ballena y terminando por el pez más pequeño, acudieron al castillo del augusto novio para rendirle el homenaje y hacerle un obsequio, deseándole larga y feliz vida conyugal.

Una vez terminada la fiesta, el dragón quedó a vivir en su palacio con la joven esposa.

Los recién casados se avenían a las mil maravillas y llevaban una vida ejemplar, serena y dichosa. De esta suerte transcurrieron dos meses. Luego sobrevino una desgracia: un día menos pensado la reina cayó enferma.

Al verla en un estado tan deplorable, el dragón, que adoraba a su esposa, fué presa de viva d e s e speración. Inmediatamente mandó llamar al médico submarino, el ermitaño pulpo, al que encomendó la cura de la soberana. Además, ordenó a los cortesanos a montar guardia noche y día, junto a la cabecera de la augusta enferma.

Pero, a pesar de todos los solícitos cuidados que se le prodigaban, la esposa del dragón no mejoraba. Más bien al contrario: el estado de su salud empeoraba visiblemente.

El rey del océano, en el colmo de la desesperación, mandó llamar al pulpo, dirigiéndole las siguientes palabras:

—Oye, pulpo. Según dicen, eres médico. Y, si lo eres, ¿por qué no sabes curar a los enfermos? Por lo que veo, lo único que sabes hacer es menear tu enorme cabeza, estirando los labios con aire docto. En cuanto a los conocimientos científicos, careces de éstos en absoluto.

El rey hablaba con voz atronadora y tono amenazador, mientras que sus ojos echaban chispas. Al pobre pulpo le temblaron de susto todos los ocho tentáculos

REVERENCIA

—Perdone, Su Majestad, — contestó con voz trémula, haciendo una profunda reverencia. Le juro que tengo el más vivo deseo de curar a su augusta esposa pero, por más que me empeñe, no puedo vencer su enfermedad. Confieso que ya no sé más qué hacer y le pido perdón mil veces... Conozco un remedio, el único eficaz en este caso, pero, desgraciadamente, es imposible conseguirlo acá.

—¿Qué remedio es éste? — inquirió el dragón impaciente.

—El hígado palpipante de un mono, arrancado de su cuerpo vivo — contestó el médico.

—Es cierto que no se puede encontrarlo en nuestros parajes — afirmó el rey con tono triste.

—Y sin embargo es el único remedio infalible que puede devolver la salud a la reina — volvió a repetir el pulpo.

—En tal caso hay que conseguirlo, cueste lo que costara — dijo el dragón con tono resuelto. ¿Dónde se puede encontrar a un mono?

—En la parte austral de este mar — contestó el médico — hay una isla en la que viven muchísimos monos. Hay que atrapar a uno de ellos y traerlo acá para sacarle el hígado palpitante.

—Así se hará — dijo el dragón, despidiendo al facultativo con un ademán majestuoso.

Acto seguido mandó llamar a su Primer Ministro, el tiburón, al que explicó el asunto, pidiéndole consejo.

El tiburón se puso pensativo. Después de un largo rato de meditación exclamó:

—Tengo una idea luminosa: hay que mandar a alguien a la isla para conseguir un mono vivo. Entre tus súbditos hay una persona adecuada para el caso: es Medusa Jonenai. Es cierto que es fea pero, en cambio, tiene una ventaja ante los demás habitantes del océano: tiene cuatro patas y, según su propia afirmación, puede moverse en la tierra con igual facilidad como en el agua. Por consiguiente, es la única que puede cumplir tu recado.

El Dragón, muy contento con el consejo, mandó a buscar a la medusa sin pérdida de tiempo.

Aquélla se presentó ante el rey, perdiéndose en conjeturas acerca de la causa de la inesperada audiencia con que se la honraba.

ORDEN DEL DRAGON

El Drogón le dió la orden de ir inmediatamente a la isla, situada en la parte austral del mar, para traer de allí a uno de los monos, cuyo hígado palpitante, sacado del cuerpo vivo, era necesario para curar la enfermedad de la reina. En caso de que cumpliera con éxito su recado, el soberano prometía a la medusa una regia recompensa.

La noticia del casamiento del Dragón se propagó por todos los ámbitos del océano, ocasionando un gran alboroto entre sus habitantes. Todos, desde la enorme ballena y terminando en el pez más pequeño, acudieron al castillo del augusto novio para rendirle homenaje y hacerle un obsequio, deseándole larga y feliz vida conyugal. Una vez terminada la fiesta, el Dragón quedó a vivir en su regio palacio con la bella joven

La medusa, que no era muy inteligente que digamos, quedó perpleja, pues no sabía de qué manera podría cumplir la orden del rey.

—Su Majestad — dijo con voz temblorosa. Tengo un gran deseo de hacer lo que me manda, pero puesto que jamás he hecho nada por el estilo, no sé cómo empezar tan siquiera. ¿Qué es el mono y qué hay que hacer para capturarlo vivo?

—El mono es un animal terrestre — terció el tiburón. Te prevengo que por más que trates de atraparlo a la fuerza nunca podrás lograr tu propósito. Para capturar a un mono es necesario valerse de algún ardid y engañarlo.

—¿Engañarlo? — repitió la medusa pensativa. ¿Y cómo lo haré?

—Te voy a dar un consejo — contestó el Primer Ministro del Dragón. En cuanto llegues a encontrar a un mono salúdalo con suma cortesía y respeto, haciéndole a continuación un sinnúmero de piropos. Habiendo captado de esta manera la benevolencia del mono, díle: "¿No le gustaría, señor, hacer un viajecito a mi patria? Allí tenemos una cosa muy interesante: el palacio de nuestro rey, el Dragón. ¡Qué maravilla! ¡Qué hermosura! Apuesto que en su vida ha visto algo semejante. Si quiere ir allí le prometo enseñárselo íntegro". Describiendo de esta manera la belleza del palacio real conseguirás despertar la curiosidad del mono, logrando traerlo acá.

—Pero según tengo entendido, el mono no sabe nadar. ¿Cómo podrá venir hasta aquí, pues?

—Tendrás que traerlo a cuestas.

—Pero... supongo que este animal ha de pesar mucho.

—¿Qué le vamos a hacer? Harás un esfuerzo para complacer a Su Majestad.

—Bueno... Trataré de cumplir todo de la mejor manera posible.

—Ten en cuenta que es un asunto delicado y no vayas a cometer algún error irreparable.

—Pierda cuidado. Me saldrá todo a pedir de boca.

La medusa repitió los consejos que acababa de darle el tiburón (con el fin de que queden grabados en su memoria) y salió del palacio.

Acto seguido subió a la superficie del mar y, balanceándose ligeramente sobre las olas, se dirigió a nado hacia la isla meridional.

Después de un viaje bastante prolongado el emisario del rey submarino llegó por fin a su meta. Se apeó en la costa de la is-

MERECIDO

la, echando alrededor suyo una mirada perspicaz. De pronto vió a un ser desconocido sentado en las ramas de un sauce llorón.

EL ENCUENTRO

—Este debe ser el mono — dijo la recién llegada para sus adentros. —Ahora llegó el momento

PONESA



de poner en práctica los consejos el tiburón. Voy a entablar la nversación con este animal.

Dicho y hecho. La medusa se acercó al árbol en que estaba ubicado el mono al que se dirigió con las siguientes palabras:

—Buenos días, señor. ¿Cómo está usted? Qué lindo día el de hoy. Cómo brilla el sol!

—Buenos días, — replicó el mono, algo asombrado. — Es cierto que el tiempo es muy hermoso. Pero... me parece que es la primera vez que te veo en nuestra isla. ¿Se podría saber de dónde has venido?

—Soy una de los súbditos del Dragón, el poderoso rey submarino, y me llamo Medusa Jonenai. He oído hablar mucho de esa isla y de sus habitantes. Me los han ponderado tanto que tuve el deseo de conocerlos y, con este único fin hice el viaje hasta acá.

—Ah, sí — dijo el mono muy lisonjeado. — Entonces, bienvenida seas. Puedes pasear por toda la isla y observarla a tus anchas.

—Gracias. No despreciaré la oportunidad que se me brinda... Dime, y tú, ¿has visto el palacio de nuestro rey?

—No. He oído hablar mucho de aquél, pero jamás tuve la ocasión de verlo.

—¿Cierto? ¡Qué lástima! Creeme que has perdido mucho. Por más lindas que sean las descripciones de este palacio que te hayan hecho, nunca pueden compararse con la realidad. Te aseguro que en todo el mundo no se encuentra otra maravilla igual.

—¿Será verdaderamente tan hermoso? — inquirió el mono, interesado.

—Te lo juro. Es tan bello, tan lindo, que no se puede encontrar palabras dignas de describirlo. Si vieras el jardín que lo rodea. ¡Cuántas frutas crecen allí! Duraznos, castañas, kakis y muchas más. ¡Y en qué abundancia! Maduran en cualquier época del año y se te dará el permiso de comerlas cuando te dé la gana. Te repito que es la maravilla más grande del mundo.

La medusa seguía ponderando la residencia del Dragón, sin dejar de observar, a hurtadillas, al mono.

Este, evidentemente intrigado, bajó del árbol y escuchaba con visible curiosidad las palabras de la medusa.

La última, habiéndose dado cuenta de que había llegado el momento oportuno, dijo a su oyente simiesco:

—Me veo obligada a despedirme de tí, pues tengo que volver a casa. Si deseas ver el palacio del Dragón, aquí tienes una oportunidad para cumplir tu deseo: te ofrezco conducirte allí ¿Qué te parece la propuesta?

POR EL AGUA

—Muy interesante — contestó el mono — y la aceptaría con el mayor gusto, porque quisiera ver todo aquello. Pero... no sé andar por el agua.

—Eso es lo de menos — replicó la medusa — Te llevaré a cuestas.

—Me da vergüenza molestarte tanto — dijo el otro.

—No es nada... Es cierto que eres algo pesado... Sin embargo, para complacerte no escatimo mis fuerzas.

—Ya que eres tan amable, acepto tu invitación, aunque te repito, me da vergüenza molestarte.

Así diciendo el mono se sentó en la espalda de la medusa, la cual emprendió inmediatamente el viaje de regreso, nadando con velocidad, no obstante la carga pesada que llevaba.

—Cuidado — gritó el mono asustado. — Más despacio, por favor.

—No te muevás mucho — replicóle la medusa, sin inmutarse — porque, de lo contrario, puedes caerte al agua.

El mono quedó quieto. Los viajeros avanzaban rápidamente. Cuando hubieron llegado a la mitad del camino, la medusa preguntó a su pasajero:

—Dime, ¿tienes una cosa que se llama hígado?

—Sí — contestó el mono, sorprendido. —¿A qué se debe esta pregunta?

—Oh, es una cuestión de primordial importancia.

—Ah, sí... ¿Por qué?

—Ya lo sabrás pronto.

—¿De qué se trata? Dímelo, por favor. Tus palabras misteriosas me infunden miedo.

—Bueno, pues. Me eres muy simpático y me da pena verte afligido; por eso te explicaré todo. Resulta que la esposa de nuestro rey, el Dragón, padece una dolencia muy grave. Por más que trataran curarla, hasta ahora, todo fué en vano. El médico de la corte dijo que el único remedio eficaz contra la enfermedad de la reina consistía en el hígado palpitante de un mono. Por eso se me dió orden de traerte vivo al palacio real. No bien lleguemos allá, el pulpo te sacará el hígado. Creeme que te compadezco con todo el corazón.

Al oír estas palabras, al mono se le pusieron los pelos de punta. Un loco pavor se apoderó de él, al imaginarse el cruel destino que lo aguardaba.

UN ENGAÑO

—Qué horror — dijo para sus adentros, temblado de pies a cabeza. — Ahora me doy cuenta de que caí víctima de un engaño, hábilmente urdido. Es evidente que la medusa había ido a la isla con el único fin de llevarme al palacio del Dragón, para, luego, sacrificarme por la salud de la reina. ¡Pobre de mí!... He caído en un lazo y me encuentro en un mal trance. ¿Qué hacer?... Es necesario encontrar una solución y salir victorioso del paso... Calma... Ante todo el dominio sobre sí mismo. No cabe duda de que lo único que puede salvarme es la astucia... Tengo que acudir a alguna artimaña... Ya veremos quién saldrá con la suya.

Reflexionando de esta suerte el mono trató de serenarse y de disimular su miedo. Luego dijo a su montura:

—Gracias por haberme explicado el asunto. Pero, ¿por qué no me lo habías dicho, mientras estábamos en la isla?

—No soy tan zonza como te parece — contestó la otra sonriendo. Sabía que si te lo dijera allá no hubieras venido conmigo.

—Te equivocas — dijo el mono. No soy tan mezquino como para no querer ceder uno o dos de mis hígados, sobre todo cuando se trata de la salud de la esposa del Dragón. En este caso hasta estaría dispuesto a pedir que se me conceda el honor de ofrecerle un hígado mío. ¡Qué lástima que no me lo hayas dicho antes; he dejado todos mis hígados en el árbol!

—¿Cómo? — exclamó la medusa presa de gran asombro, deteniendo su marcha. ¿Dices que los has dejado en la isla?

—Claro que sí. Son algo pesados y me molestan. Por eso, durante el día, me los saco y los cuelgo en las ramas del árbol. Si al emprender este viaje hubiera sabido que iba a necesitar uno de mis hígados lo hubiese llevado conmigo. Pero como no me has dicho nada no se me ocurrió hacerlo.

—¡Qué contratiempo! — exclamó la medusa. ¿Para qué te llevo al palacio del Dragón si no tienes ni un solo hígado?

DEBIAN VOLVER

—¿Qué le vamos a hacer? Lo siento mucho, pero tendremos que volver a la isla.

—¿Para qué?

—Para buscar un hígado, pues.

—Que mala suerte — gruñó la medusa, malhumorada. Bueno... Volvamos... ¿Pero estás seguro de que tus hígados quedan en el mismo lugar en que los has dejado?

—Completamente seguro. Hay entre ellos uno muy grande y gordo.

—Llévalo que sin duda ha de servir bien para la enfermedad de nuestra reina.

—Está bien.

¡Estúpida medusa! Bastante trabajo le costó el viaje, con el mono a cuestas. Y ahora tuvo que desandar lo andado.

Rendida y sofocante, llegó por fin a la costa de la isla. No bien se detuvo allí, cuando el mono apresuróse a encaramarse en el árbol, subiendo a su cima. Mirando desde allí, con aire socarrón, a la medusa le dijo:

—Gracias por haberme traído de vuelta. Cuando vuelvas al palacio del Dragón, salúdalo de mi parte.

—Cómo, —preguntó la medusa, en el colmo del asombro—. ¿Acaso no irás conmigo para llevarle un hígado?

El mono soltó una carcajada despectiva, diciendo:

—¿Te imaginas que voy a consentir en que me arranquen el hígado?

—¿Y nuestro convenio? — exclamó la medusa desesperada.

—Queda sin efecto, —contestó el mono riendo—. Tengo un sólo hígado que se encuentra en el lugar que le corresponde, es decir, en el interior de mi cuerpo. Si me lo sacan, he de morir infaliblemente y es natural que no quiera dejármelo sacar. Si te empeñas tanto en conseguirlo, sube al árbol.

El astuto animal, seguro que la medusa no podía alcanzarlo en su escondite se burlaba de ella a sus anchas.

La otra, que por fin ha comprendido que ha sido hábilmente engañada, hacía esfuerzos desesperados, pero infructuosos, para subir la costa. Por fin prorrumpió en injurias.

—Oh, sinvergüenza, mentiroso, tunante, — gritaba, fuera de sí. — Me has engañado de la manera más vil... Ya me lo vas a pagar... No bien esté de vuelta en mi patria, presentaré una queja contra ti al todopoderoso Dragón.

Viendo que su estada en la isla no tenía más objeto, la medusa emprendió el viaje de regreso, con el corazón oprimido y llorando a lágrima viva.

Entretanto el Dragón la esperaba con gran impaciencia, asomándose a menudo a la ventana. Según sus cálculos, el emisario debía ya estar de vuelta.

Por fin vió aparecer a la medusa, con aire triste y compungido.

—Ya era tiempo, —exclamó el rey—. ¿Has traído al mono? ¿Dónde está?

La medusa se prosternó ante el soberano, diciendo con la voz entrecortada por los sollozos:

—Perdone, Su Majestad. Primero logré engañar al mono y llevarlo hasta la mitad del camino. Pero, luego, él, a su vez, me engañó a mí.

Y contó al rey todo lo que le había sucedido.

Al enterarse del fracaso de la expedición, el Dragón se puso furioso. Abrió las enormes fauces, descubriendo sus horribles colmillos, y vociferó con voz atronadora:

—Te voy a aplicar un castigo inaudito por su crueldad, pero bien merecido por ti: mandaré sacarte del cuerpo todos los huesos. Semejante idiota puede vivir sin huesos... ¡A mí, criados! Les ordeno pegar a esta infame hasta que de su cuerpo salgan todos los huesos, echándola luego del palacio.

Los criados acudieron en el acto, temblando al oir la horrenda voz del rey y rodearon a la medusa.

—Misericordia, — imploraba la desdichada.

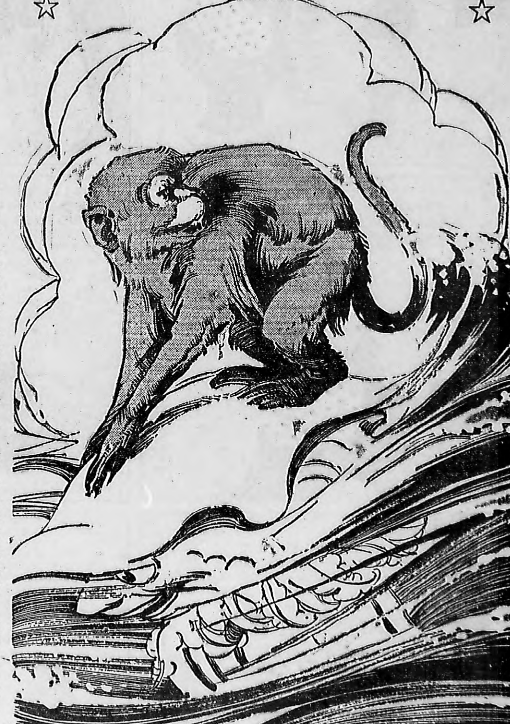
—Tenemos que cumplir al pie de la letra la orden del Dragón, — contestáronle los sirvientes.

Se reunieron alrededor de la medusa y se pusieron a golpearla sin piedad. Habiéndole sacado, a palos, todos los huesos, los desmenuzaron, echando luego del palacio el pobre despojo de la medusa, que, con su estupidez, había provocado la cólera del Dragón.

Desde entonces la medusa vive sin huesos. No tiene ojos, ni boca; es blanda y transparente y se pasa la vida meciéndose sobre las olas del océano.

ILUSTRO PREMIANI

El mono había triunfado con su astucia de la estúpida medusa. Una vez de vuelta a la isla de los monos, aquél se puso a reir a carcajadas de la tontería de la medusa



El mono quedó quieto encima de la medusa. Esta, a pesar del gran peso que llevaba a su espalda, marchaba a enorme velocidad. Recién a la mitad del camino la medusa reveló al mono toda la verdad de su misión. Ante el peligro el mono actuó con astucia








Le Revientan los Tartamudos a Ranita, por Knight

























CAZANDO GORILAS

HE estado al borde de la muerte atacado por un elefante; me he visto en situaciones difíciles con rinocerontes y leones; pero nunca me he sentido más impresionado que en este último viaje a Africa, cuando traté de fotografiar mi primer gorila.

El ruido de los bambúes que se quiebran había cesado. Había llegado el momento que esperábamos y nos encontrábamos en el país de los gorilas después de numerosas marchas agotadoras. Alrededor nuestro todo estaba tan tranquilo que podíamos escuchar la pisada del gorila cuando andaba. Empecé a girar la manivela. Entonces apareció una cabeza enorme, espantosa. La cara estaba vuelta hacia nosotros y allí permaneció algunos instantes, maciza y primitiva. Después, en un abrir y cerrar de ojos, desapareció.

ENORME GORILA

Un chillido atroz, que ponía los nervios en tensión, partió de las matas de bambú. Otros chillidos similares respondieron en torno nuestro. Jamás había oído chillidos tan fuertes y penetrantes... Corrí rápidamente de un lugar a otro, deseoso de estar listo cuando otra cabeza apareciese; pero después de uno o dos minutos me pareció que se había perdido la oportunidad, pues lo único que podía ver era una sombra obscura moviéndose a través de las sombras más claras dibujadas por los bambúes. Entonces, persuadido que me sería imposible tomar fotografías allí, caminé hacia el matorral más cercano de bambúes, pero quedé petrificado.

Sé que durante algunos instantes se me pusieron los pelos de punta. Se me ocurre que mi corazón dejó de palpitar, pues a menos de cinco metros un enorme gorila parecía elevarse lentamente en el aire, y se elevaba cada vez más. Se mantuvo finalmente apoyado en sus patas traseras, tratando de asirse con sus manos a los flexibles bambúes. Luego abrió su hocico y lanzó el aullido más salvaje que haya escuchado en mi vida. Podía ver su roja lengua y sus encías y sus grandes dientes. Era un animal enorme. Si no hubiese sabido que los gorilas jamás alcanzan esas dimensiones, hubiera jurado que tenía más de tres metros de alto y que pesaba por lo menos quinientos kilos. Naturalmente que me daba esa impresión debido a mi propia nerviosidad y al hecho de que el animal se hallaba tan cerca de mí. Sin embargo, ahora, después de haber visto centenares de gorilas, continúo creyendo que ese era el más grande que he podido ver.

Estaba literalmente paralizado de terror. No tenía armas y por mi imaginación pasaron velozmente todas las historias que había escuchado sobre esas bestias salvajes, que destrozan a los seres humanos con cruel refinamiento, a pedazos. El gorila sólo permaneció allí medio minuto, que me pareció un siglo. Después, dando una vuelta rápida, se dejó caer en cuatro patas y desapareció.



Un chillido atroz que ponía los nervios de punta, partió de las matas de bambú. Un enorme gorila, un gigante de las selvas, se apareció frente a Mr. Martín Jhonson

IMPRESIONADO

Cuando recuperé mi calma, empecé a reconstruir en mi mente los detalles del animal. Lo que más me atrajo la atención fué el color de su cabeza y lomo, un gris plateado. También comprobé que sus colmillos se parecían a los del león y que sus dientes eran descoloridos. Es notable la impresión que produjo en mi imaginación esa mandíbula abierta mientras el animal lanzaba su formidable grito. Después recordé lo corto y anchos que eran sus dedos en comparación con el resto del cuerpo.

El ancho de sus brazos era enorme; parecía no tener cuello, y su cabeza daba la impresión de estar pegada directamente al torso. El grueso pelo que cubría su piel parecía lanudo. Pero lo que llamaba más la atención era su frente, que avanzando parecía querer hundir sus ojos. Y su cara era de un negro brillante y de un negro tal, que se asemejaba a cuero. Jamás podré tomar una fotografía que muestre tantos detalles como se me han quedado grabados en mi mente desde aquel medio minuto angustioso.

JOVENES MONOS

Uno de mis principales objetivos durante ese viaje, era capturar gorilas vivos y llevarlos a los Estados Unidos. Después de caminar durante semanas a través de las selvas y las montañas, un día se nos presentó la oportunidad de capturar dos jóvenes gorilas, cada uno de ellos de un peso superior a 100 libras, que se treparon a un árbol mientras los seguíamos. Este fué el comienzo de otra aventura excitante.

Ya habíamos pensado la forma de apoderarnos de esos fuertes animales si alguna vez se nos presentaba la ocasión, pero realizar prácticamente esos proyectos era otro asunto. Se presentaba en primer lugar el problema del árbol; mantener los gorilas en él hasta que estuviésemos listos para la captura y después evitar que se escapasen durante la confusión producida por la caída del árbol. También había allí cerca otro gorila viejo que parecía dispuesto a impedirnos que nos apoderáramos de sus dos jóvenes amigos. De modo que, mientras mis portadores estaban atareados observando el árbol y preparando alrededor de él un espacio libre de obstáculos, fuí a ponerme en contacto con el gorila que estaba en el suelo.

PROTECCION

Tenía, sin duda alguna, la idea de proteger a los gorilas jóvenes. Los otros monos se habían ido pero él permanecía allí a la espera de los acontecimientos. A veces solía colocarse a una distancia prudente, limitándose a observarme. Después se lanzaba contra mí a toda velocidad pero se detenía antes de llegar. Hasta ese momento había creído que los gorilas de ese distrito eran más pequeños que los de las otras zonas del Congo, pero el viejo mono que tenía frente a mí no era un enano. Por lo menos cuatro veces hizo esas cargas contra mí y cada vez tocó retirada, y lo podíamos ver caminando de un lado al otro, tal vez buscando qué era lo que podía hacer después.

Finalmente se decidió a abandonar el campo y lo seguí con mi máquina fotográfica. Después de haber caminado varios centenares de metros se reunió con otros siete u ocho gorilas y todos se internaron en la selva, corriendo con bastante velocidad. Los seguimos y tres o cuatro veces más el viejo mono cargó contra nosotros. Nunca he visto un gorila tan furioso. De rabia destrozaba los bambúes que encontraba a su paso. Poco después desaparecía en la selva.

Durante todo este tiempo un espacio de terreno alredo- los muchachos habían trabajado arduamente limpiando dor del árbol donde estaban trepados los dos jóvenes gorilas. Se limpiaron más o menos treinta metros en tres de los lados y sesenta en el otro, donde queríamos que cayese el árbol.

Muy arriba, entre las ramas, podíamos ver a los monos que nos miraban preguntándose qué iría a suceder. Tuvimos necesidad de más o menos cuarenta negros para preparar la captura. Fué un momento de excitación para todos nosotros, pues sabíamos que si nos era posible apoderarnos de los monos vivos sería uno de los trofeos más raros de cuantos hemos traído de Africa.

Cuando todo estuvo listo colocamos a los muchachos en forma de que pudiesen agarrar a los animales y empezamos a derribar el árbol. Dewitt Sage, mi compañero de expedición y yo, nos pusimos todos los sacos que encontramos y guantes gruesos. Les entregué a mis muchachos de Nairobi lienzos alquitranados y frazadas. Arriba los gorilas se mecían en el árbol mientras el hacha hacía su trabajo.

FORMANDO FILA

Formamos una fila en el lugar donde sabíamos caería el árbol. Todos estaban nerviosos observando al leñador. De improviso se oyó un ruido seco y el árbol empezó a inclinarse describiendo un ancho arco y arrastrando a los gorilas hacia el suelo. Creo que cada uno de nosotros llegó junto a los monos antes de que éstos se diesen cuenta que estaban en el suelo. Todos los muchachos se precipitaron con las gruesas frazadas gritando desaforadamente, y por un momento negros y monos se confundieron en un sólo conjunto. Bukari fué el héroe del día, pues saltó y capturó uno de los gorilas sin ayuda y lo envolvió en las sábanas cuando aún una docena de negros estaban luchando con el otro.

La captura duró sólo algunos minutos pero fué agotadora. Después, diez o doce muchachos sostuvieron cada uno de los monos mientras Bukari y Orangi les amarraban las cuatro patas. Los animales fueron cargados y llevados así hasta las jaulas.

Durante el resto del día nada hicimos, salvo mantenernos cerca de los gorilas y admirarlos. Todos teníamos el mismo pensamiento: ¡"Cómo habíamos podido apoderarnos de animales tan grandes y fuertes!" Tenían un aspecto imponente y parecían gozar con las batatas y el maíz tierno que les dábamos.

Para celebrar la captura obsequié a mis muchachos con tres cosas que les encantan: té, azúcar y cigarrillos. Fué un gran día en el campamento y todo el mundo estaba gozoso.

Martín Johnson

Ilustró N. SEDITSIRA

PUZZLE PARA NIÑOS

UN GORRION QUE NO ESTA SOLO



Este gorrión no está solo, pues, lo acompañan las cabezas de un hombre, un conejo y otro pajarito. ¿Pueden encontrarlas entre las líneas de este dibujo gastando un poco de paciencia e inteligencia?